Historias del cuervo

Evanna Rivanné

Image not found.

Capítulo 1

El cuervo volo.

La luna se oculto

La princesa murio

Un caballero en la horca

Traicion al reino

Un cuervo sin alas

El heredero sin corona

Cuatro lobos en la montaña

Y

Un cadaver por esposa.

Esto es un pequeño archivo con toda y cada una de las historias que creeo en algun rato extraño de mi no tan interesante vida.

Capítulo 2

El cuervo y la luna.

Había una vez un pequeño cuervo que deseaba ir a luna. Anhelaba tanto ir, que todas las noches emprendía un vuelo alto, como sus alas se lo permitían el pobre cuervo se esforzaba demasiado; hasta que sus alas y su pequeño corazón llegaban al límite, luego caía en picada con las alas cansadas y sus sueños reducidos a nada en las lejanías con la luna.
Todas las noches era lo mismo, por más que se esforzara jamás era capaz de acercarse a la luna. Todos los que conocían al pequeño cuervo se mofaban de él. Nadie comprendía el sueño del cuervo, lo juzgaban loco e infantil; y tal vez tenían razón, pero eso no desalentaba al pequeño cuervo que se había propuesto una meta: llegar a la luna.
No le importaba que a sus espaldas lo llamaran loco, él siempre seguiría adelante con su meta. No era sólo un sueño, era su destino; él así lo sentía y así tenía que ser costara lo que costara.
Una noche fría de noviembre el cuervo salió en cuanto la luna resplandeció con toda su majestuosidad en el firmamento. Subió tan alto, que sentía que su corazón iba a explotar. Pero no le importó, siguió subiendo con sus pequeñas y emplumadas alas. Su respiración se agitó, le dolía el pecho y en momentos llenos de profundo miedo su corazón se detuvo. Frenéticamente el cuervo aleteó tan rápido y fuerte como pudo. Cada vez estaba más y más cerca de la luna. En el último momento cayó al vacío, sus alas estaban congeladas y aun que intentase aletear le fue imposible, cayó de picada. Cerró los ojos y se preparó para el golpe final. En el último momento los abrió y vio a la luna, tan bella, tan pura y tan lejana. Aquella sería la última vez que la vería, asi dejo que el viento lo devolviera al suelo. El pequeño cuervo no sintió ningún dolor, al contrario el golpe fue suave como si hubiera caído en un algodón de azúcar.
–Mira, que tenemos aquí, un despistado pajarillo – Dijo una voz juguetona, lo sostenía y lo acunaba en unas pequeñas manos blancuzcas.

La voz era de una joven que iba de camino a su casa y se había detenido a ver la luna. Aquel día, era más grande y tenía un hermoso brillo que inundaba todo el valle.
–Pobre pajarillo volaste muy alto. Yo lo vi todo desde aquí. – Dijo la muchacha con una cálida sonrisa en su fino rostro bañado por la intensa luz de la luna. –Pero que bobo pajarillo. ¿Acaso querías llegar a la luna? –Preguntó con ternura al cuervo que aún se acunaba en sus delgadas manos.
Ladeo la cabeza con curiosidad y miró a la joven que tenía un hermoso cabello castaño que le llegaba hasta los hombros. Sus ojos eran de un color chocolate de ese que hace agua a la boca; y su sonrisa era tan dulce. Tenía bonito rostro blanco como la misma luna.
–¡Mira pero que alas tan más heladas! – Dijo la joven mientras acariciaba

las alillas del cuervo.
Comenzó a andar, con el cuervo aún en sus manos y le protegía contra el frio con una bufanda. Al llegar a la casa de la joven.

Jamás había estado tan cerca de un humano y por lo general ellos huían de la compañía de los cuervos; los veían como aves de mal agüero, así que los cuervos siempre se mantenían alejados de ellos.
La joven colocó varias cobijas en forma de colchón cerca de la chimenea y coloco con sumo cuidado.
–¿Por qué viajas solo mi pequeño pajarillo? – Preguntó la joven, mientras observaba al cuervo.
El cuervo jamás había hablado con ningún humano y pensó que la joven se espantaría o que lo lastimaría, pero por alguna extraña razón el cuervo contestó.
–Iba camino a la luna, es mi destino. Me lo dicen mis plumas todo el tiempo – Dijo.
Tenía una voz áspera y fuerte. Aunque era pequeño, tenía unos enormes ojos negros. La joven se sobresaltó cuando lo escucho hablar; quedó atónita, ¡había escuchado bien, o se estaba volviendo loca!,
–¿Puedes hablar? – Preguntó la joven con cierto miedo en su voz.
–¡Pues claro que puedo!, no son los únicos que lo pueden hacer – Contesto el cuervo.
La joven percibió el destello de una pequeña sonrisa, y se quedó estupefacta ante tal gesto.
–¿Qué más puedes hacer? – Preguntó la joven. El miedo se había convertido en curiosidad.
–¡De todo!, puedo cantar, hablar, incluso hablo oso – Se jactó el pequeño cuervo.
–¿Hablas oso? – Preguntó la joven que estaba llorando de la risa porque el pequeño cuervo era toda una monada.
Si , no fue fácil, me querían comer vivo – Dijo el pequeño cuervo en un susurro.
–Y ¿Cómo está eso de que tú destino es ir a la luna? – Preguntó la joven, prestándole toda la atención al cuervo.
El cuervo la miro y comenzó a contar su historia.
–Veras, una noche cuando yo era un polluelo y apenas podía volar, la escuche. la luna me hablaba, me dijo que se sentía sola y que necesitaba un compañero pues el sol siempre se iba cuando ella llegaba y las estrellas le tenían miedo. me dijo que fuera con ella. – Le contó el cuervo a la joven, quien se había quedado, callada.
–¿La luna también habla? – Preguntó unos segundos más tarde la joven.
–No a todos, sólo a mi – Dijo el cuervo con alegría.
El cuervo estaba seguro de que su destino era ir a la luna, no le importaba cuanto tardara ó si moría en el último momento. Todos esos pensamientos eran efímeros, fugaces y carecían de sentido para el cuervo.

–¿Así que iras al cielo y visitaras a la luna? – Dijo la joven con verdadero asombro.

El cuervo se acercó hacia la ventana y miró con añoranza a la luna. La joven se preguntó a sí misma ¿Cuál era su destino? Y se quedó mirando a la nada. Entonces sintió un pequeño picoteo en sus manos, parpadeó un poco y vio al cuervo.
¿Qué pasa? ¿En qué piensas? – Preguntó el cuervo, con curiosidad.
–Yo, me preguntaba cuál era mi destino – Dijo pensativa la joven.
–¿Aún no sabes cuál es tu destino? – Preguntó incrédulo el cuervo.
–No aún no lo sé, a mi no me habla la luna y mis plumas no me lo dicen – Dijo la joven con una sonrisa triste en su rostro y sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas. El cuervo se acurrucó en el pecho de ella y comenzó a silbar una dulce melodía; la joven se quedó profundamente dormida.
Cuando el sol entró por la ventana, el cuervo se encontraba en la pequeña cama improvisada que la joven le había hecho. se despertó con la hermosa sonrisa de la joven.
–¿Y cuál es tu nombre? – Preguntó la joven más tarde.
–¿Mi nombre?, no tengo nombre sólo me llaman cuervo – Dijo.
–Bueno mi nombre es Luna – Dijo la joven.
El cuervo sonrió, era curioso, él quería ir a la luna y había llegado con ella irónicamente.
Pasaron varias semanas, el cuervo se había quedado a vivir con la joven y las semanas eran divertidas. El cuervo no sabía, ni comprendía lo que le pasaba a la joven, pues algunas veces no se levantaba de la cama y se ponía tan pálida como la luna.
Un día ambos salieron a caminar por el bosque y la joven contempló el majestuoso vuelo nocturno del cuervo. Estuvo tan cerca de alcanzar la luna , como la primera vez que se habían conocido. el cuervo cayó a sus manos, la miro con esos negros ojos y sonrió, volvieron a casa y durmieron.
Al amanecer el cuervo fue a despertar a la joven, la habitación de ella estaba inusualmente helada. El cuervo picoteó y picoteó a la joven, pero ella no despertó. Las lágrimas corrieron. por las mejillas negras del cuervo. Su Luna se había ido. El cuervo se quedó con la joven y murió ese día, junto con su joven Luna.
Ese era su destino tal vez, llegar a la joven Luna y acompañarla hasta su último día. El cuervo y la joven siguen juntos, sus almas vagaba por el inmenso cielo, acompañando y hablando siempre con la luna.
Fin.

Capítulo 3

Sonrisas que enamoran.

El dolor se extendía lentamente por mi cuerpo, dolía, dolía tanto que quería simplemente morir.

El olor a sangre y el agrio perfume de ella era repugnante.

— Ahhhhhhhh — Otra onda de dolor se extendía y me atormentaba, mi tormento, mi tortura y el dolor había sido constante, tanto que en momentos pedia la noción de ello.

El cuarto se inundaba con mis gemidos de dolor.

Mi cuerpo arde como si estuvieran fundiendo mis huesos, la palabras no salían de mi boca, no articulaba más que gemidos desgarradores, gemidos que hacían sangrar mi garganta por el esfuerzo, mis extremidades o lo que quedaban de ellas se retorcian de dolor.

Y ahí al pie de la cama en la que me encontraba atado y desangrándome , una pequeña niña de ojos inocente que brillaban de tal manera que me daba asco solo verla y esa sonrisa macabra, jugueteaba con una de mis extremidades que con saña había mutilado.

Maldecirla no me era suficiente, quería destruirla, mutilarla como ella lo hacia conmigo.

El demonio enano y ojeroso daba pequeños brincos cada que una de sus navajas se encajaban en mi cuerpo cada vez que una corriente ecléctica me asaltaba.

La maldecía a cada fracción de dolor que mi cuerpo recibía, pero maldecía más su estúpida risa infantil, que me hacia desear retorcer su pequeño cuello con mis manos, hasta que suplicara piedad.

Pequeñas cierras eran lanzadas hacia mi, con la intención de divertirla, pedazos de mi carne caían al suelo, no, no esto tiene que parar, gritaba en mi mente, pero por más que intentara controlar las ganas de suplicar, más lento era mi pesar, y el dolor jamas se detenía. Pero era su risa la que más me desagradaba, era su risa lo que a mi más me dolía, más que ver mi cuerpo mutilado.

Pero de una cosa estaba seguro, yo esa noche moriría, y todo por haberme topado con ese maldito demonio en forma de niña, una niña

dulce, de cabello negro, una pequeña niña de ojos tan negros como el carbón, y su sonrisa fue tal vez lo que trajo hasta aquí. De entre todas las criaturas que habitan este mundo me tuve que topar con ella, que danzaba en la lluvia anunciando mi muerte.

Capítulo 4

Un martes de amor.

Un martes decidió ir al lugar donde la conoció, y para su sorpresa la encontró sentada en la vieja y oxidada banca en que solían estar juntos, sonrío para sus adentros, el destino siempre jugaba así, se recordó a si mismo.

Ella tenía los ojos cerrados y estaba sentada con las piernas cruzadas debajo de su cuerpo, sus ojos estaban fuertemente cerrados, había tanta concentración en su rostro, su pecho subía y bajaba lentamente, sus brazos estaban al alrededor de si pecho y el viento jugueteaba con su cabello negro.

Se acercó a aquella banca y se sentó a su lado, no dijo palabra, no emitió ningún sonido, solo se limito a contemplarla. Observó la finas curvas de sus labios, sus altos pómulos y su piel lechosa, observó con atención la cicatriz debajo de su ojo izquierdo, reparo en cada una de las pequeñas cosas que hacían único aquel rostro.

Sus ojos se abrieron y giro su rostro hacia él, sonrojado y lleno de vergüenza de haber sido descubierto giro su rostro.

—¿Qué tal? — Preguntó ella de manera casual, como si el chico en cuestión siempre hubiese estado a su lado.

— Nada nuevo — Contesto él, su voz se veía afectada por las emociones, ella le dedicó una de sus bellas y enigmática sonrisas.

— Vale — Contesto ella juguetona mente.

— ¿Aún me odias? — Preguntó, no podía evitar haber preguntado aquello, aun así la tierra se lo tragara, había pasado tanto pero de igual manera la duda siempre había estado ahí.

—¿Odiarte? — Preguntó con una sonrisa en su rostro, una sonrisa tierna casi amorosa. — No, lo siento pero te has equivocado de sujeto — Continuo y simplemente se levanto de aquella banca, con un movimiento suave de la muñeca se despidió de él, dejándolo con aquel sentimiento agridulce en el pecho.

Seria tal vez la última vez que la vería por el resto de su vida y él no lo sabía, se alejo de aquel lugar donde su amor nació, donde conocieron los secretos de ambos. Muy tarde se había dado cuenta de que jamás volvería, y solo viviría en su recuerdo.

Abril había dado paso a mayo y mayo a los demás meses, y ella se volvía cada vez más difusa en la mente de él. A ratos se preguntaba ¿Qué sería si ella estuviera nuevamente en su vida? Pero al no conseguir respuesta simplemente su cuerpo caía sobre la tumba fría de quien un día sin más había significado todo para él.

Su cuerpo entero se descompuso sobre el mármol de su tumba. El dolor lo invadió lo destrozo dejando solo amargos y estremecedores sollozos que se encajaban en su piel ¿Por qué dolía tanto su parida? Solo el tiempo le daría la respuesta. El viento se burlaba de él y su dolor, el sol de ocultaba y lo dejaba sin luz, sin esperanza. La había perdido para siempre, la había perdido y sabía que jamás volvería a ver esa sonrisa que tanto le gustaba.

Lo que ambos tuvieron había llegado a si fin ¿Pero era realmente necesaria su muerte? ¿No podían seguir sus vidas y recordar sus bellos momentos juntos? ¿Por qué tenia que ser la muerte la única forma de dejarla ir? ¿Quien decidía quien merecía vivir y quien no? Eran tantas sus preguntas, tan grande su dolor, eran tantas cosas que no sabia por donde comenzar.

Y así como en un momento un martes decidió no volver a ir a su tumba, decidió dejarla ir, se dio cuenta que lo único que podía hacer era ser feliz. Ya una vez la había dejado irse de su vida, la muerte era el tal vez la mejor forma para ambos de terminar con todo aquello.

Capítulo 5

Sinfonia de amor.

La música resonó en sus oídos, su pecho se hinchó de emoción, el olor de las partituras le hizo cosquillas en la nariz, las vibraciones del arco del chello lo inundaron cómo si del palpitar de su corazón se tratara.
La perfección de la sinfónica le envolvió como una madre protectora y el silencio se hizo en el teatro y ahí entre cientos de espectadores y la voz de los sopranos, en el último palco de aquel lugar estaba ella con los ojos clavados en cada uno de los movimientos de él.
El último acto, la última nota, próxima cómo la muerte, así la sentía él, y cuando el arco defendió ahorcado así la ultima y funesta nota ella se levanto y se fue.
Ansioso salio del teatro en busca de ella, el aire frío de noviembre le heló los huesos y la respiración. En medio de la oscuridad vio una melena roja; La joven corría por las áreas verdes de las afueras del teatro próximas a la carretera, con los pies descansos y las mejillas húmedas, sus azules ojos se derramaba y se convertían en fina escarcha sobre su rostro.
Vio su vestido índigo ser azotado por el aire y fue tras ella tomándola por el antebrazo izquierdo y girando la hacia él, sin pensarlo dos veces estampó sus labios en los de ella. Abrazo su cintura y recorrió su espalda con ambas manos, sintió cómo se estremecía de placer bajo su tacto, ella enredó sus manos pálidas en los finos cabellos negros de él, la beso hasta quedarse sin aliento, la beso con la misma pasión con que había tocado el chello momentos antes.
La miro a los ojos y se perdió en el mar azul de estos, se estremeció al ver lo bella que era.
Todo a su alrededor se iluminó, la vida tal vez pensó él; pero fue demasiado tarde siquiera advertir el trailer que se acercaba a ambos a gran velocidad.
El pavimento se tiñó con su sangre y ambos cuerpos quedaron sobre este, con la ropa deshecha y sus manos aferrados una a la otra.

Capítulo 6

Lunes te conoci, Domingo te olvide.

De lunes a domingo pensaba en ella, no existía hora en la que ella acudiera a su mente.
Cómo un fantasma en casa abandonada ella se instaba, cómo un mosquito molesto se posaba en cada espacio en que él miraba.
La había conocido en un parque de la ciudad; ella estaba sentada en una vieja y oxidada banca, con su cabello negro recogido en una larga coleta, vestía unos sencillos jeans y una blusa azul, su rostro era fino y alargado, era de facciones bellas.
Su cuerpo era menudo y pequeño, tenía gracia al moverse, reflejaba seguridad en cada movimiento que daba, no dudaba al decir algo o al afirmarlo.
Estaba rodeada de varias personas, su risa era fuerte y un tanto escandalosa, su sonrisa estaba llena de altanería y sus ojos brillaban intensamente tras las gafas de pasta.
La observó largo rato, cada movimiento, cada gesto que la joven hacia él lo observó y lo analizó, se le antojaba tanto su forma tan despreocupada de moverse, se le antojaba la forma aniñada que reflejaba su rostro ante una golosina.
Camino hasta el grupo estrafalario de personas en que ella se encontraba y comenzó conversar con todos, pronto sus ojos cayeron directamente a la desconocida de cabello negro.

— Hola Se sentía lo suficientemente estúpido y valiente pata hablarle. Ella le lanzó una mirada penetrante y después lo deslumbró con una de sus mejores sonrisas.
-- Hola Chico -- Contesto ella, con voz cantarina, dulce y tenía esa familiaridad exclusiva que se le reserva a los amigos.
-- ¿Cuál es tu nombre? -- Ya había hablado y ¿Por qué no arriesgarse un poco más?
-- Si te lo digo tendré que matarte -- Dijo ella soltando una carcajada, sus ojos brillaron intensamente.
-- Vale mejor ahí que dejarlo así -- Contesto con decepción disfrazada de broma.
-- Vale, pero bueno solo porque me das lástima te lo diré -- Dijo después de abrazarle fuertemente y susurró a si oído -- Me llamo Alearys, puedes decirme Aly -- Y así como el abrazo furtivo había llegado sin anuncio ella se fue. Su cuerpo pronto resintió la falta de calor que provenía de la chica.

Su nombre quedo suspendido en la punta de su lengua, dejo que se derritiera cómo el algodón de azúcar y bajará por su garganta lentamente, toda su columna se estremeció cuando se sus propios labios salio el nombre de ella.
De lunes a domingo la idea de ellos volvía cada vez más a él, el recuerdo

de sus mirada furtiva en medio de la oscuridad, el roce de sus pieles y la humedad de sus labios cada vez se le antojaba más, pero sabía que no podía volver a ella, sabía que había tomado la decisión correcta al aceptar que ella se fuera. El daño que le había hecho no tenía perdón y él mejor que nadie lo sabia.